

REF.  
900  
On 58h  
V.1

STC-29-sep-78.

D20  
HS  
V.1

ES PROPIEDAD DE LOS EDITORES



FSRM

2592

## DISCURSO PRELIMINAR

Constituido ya el globo terrestre, y cuando el sedimento de los materiales trasportados por las corrientes formó las capas que algunos comparan con las hojas de un libro, aparecieron las plantas y después los animales, preparándose la tierra para ser morada del hombre.

La natural superposición de los sedimentos, en un principio esencialmente marinos y después lacustres, determinó los sistemas geológicos de terrenos que los hombres de ciencia conocen bajo los nombres de arcáico, primario, secundario, terciario, y cuaternario.

En concepto de algunos, la especie humana apareció en el período terciario, lo cual no es imposible, pero no está demostrado, ni los descubrimientos que se dicen hechos en estos últimos tiempos han podido arrojar bastante luz para suponer la existencia del hombre en el período de que se trata. Según la inmensa mayoría de los geólogos y antropólogos, el hombre apareció en el período cuaternario, que es el inmediato posterior y donde principia la época actual del globo que habitamos.

De todos modos, las investigaciones geológicas y paleontológicas, aunque pueden ilustrar puntos oscuros de épocas ante-históricas y proto-históricas, no son de este lugar, en el cual se trata de la historia conocida, ilustrada por monumentos y documentos auténticos.

Hay tres tiempos que distinguir en las investigaciones sobre la especie humana: primero el tiempo desconocido, al cual no alcanza la memoria, ni del cual ha quedado rastro alguno; segundo, el tiempo fabuloso, del cual quedan recuerdos, aunque desfigurados por la tradición; y tercero, el tiempo realmente histórico, que es el que forma el objeto esencial de este discurso.

Respecto del primer período, todo lo que podemos afirmar por inducción es la unidad de la especie humana y el origen asiático de los primeros pueblos,

lo cual confirma la narración de los primeros capítulos del Génesis y está confirmado a su vez por los monumentos últimamente descubiertos que nos han dejado los babilonios y los asirios.

En el segundo período, ó sea en los tiempos fabulosos, podemos indicar algunos hechos que pertenecen a la historia, deducidos de la mitología.

Es indudable que hubo en el globo terrestre un diluvio, que si no fué enteramente universal, estuvo muy cerca de serlo. Los geólogos atribuyen la causa de este diluvio al avance de los hielos de los polos y a su repentina retirada. Lo cierto es que las memorias de todos los pueblos, así de la India, como de la Palestina y de la Babilonia, hablan de una inundación general en época remotísima, pero ya del período cuaternario; es decir, cuando el hombre existía sobre la tierra, vivía en sociedad y había llegado a cierto grado de civilización. Los indios dicen que Manú (que en sanscrito significa hombre), que representa al pueblo arya y para ellos a la humanidad, sobrevivió al diluvio; y cuando las aguas bajaron, atravesó las montañas que limitaban la India hacia el Norte, y entró en el país de los Uttara-kuro, ó sea de los bienaventurados, país que se cree fuera la Cachemira. En efecto, los aryas (palabra que en sanscrito significa noble) entraron en la India procedentes del otro lado de los montes y dominaron a la población indígena, población salvaje que fué por ellos civilizada. Antes que salieran de su primitiva patria en Asia, ocupaban una región templada al occidente del Oxo y el Yaxartes. Sus dioses estaban personificados en el sol, la luna y los astros. En la familia, el padre era el sacerdote, y en la colectividad, lo era el rey. El pueblo estaba animado de un profundo sentimiento religioso, garantía del orden y de la paz y origen de las leyes.

Del mismo modo se nos presentan las instituciones religiosas de los babilonios. Los grandes dioses de



éstos eran también el sol, la luna y los planetas Marte, Mercurio, Júpiter, Venus y Saturno, que dieron nombre á los días de la semana dos mil años antes de nuestra era. Hubo también en Babilonia reyes-sacerdotes; el padre era igualmente sacerdote en la familia; é instituciones semejantes hallamos entre los egipcios y entre los hebreos de Palestina.

Otro hecho evidente de los tiempos mitológicos son las guerras y las emigraciones. El aumento de población y los ataques de unas tribus á otras determinaron las emigraciones entre los aryas; la rama irano-india pasó á la región que después fué la Persia; á la Grecia y al Lacio se trasladó la rama greco-latina; después emigró la rama céltica, que ocupó la Italia, la España, la Galia y la Irlanda; en seguida la rama germánica, y por último la eslava, según podemos calcular, dos mil años antes de nuestra era. Ya en tiempos más remotos los sumeros, atravesando los montes de la Armenia, habían fundado reinos en la Babilonia, estableciendo allí una civilización muy adelantada, de la cual se han conservado restos que ya pertenecen á los tiempos históricos. Estos sumeros fueron dominados por la raza que llamamos semítica, extendida por toda el Asia, y que si bien relacionada en cierto modo con los aryas, se dividió profundamente de ellos.

Sucesivamente aparecieron en Egipto el imperio de los Faraones, constructores de pirámides; y en la China y en el Tibet otros imperios antiquísimos que, aunque lentamente, han ido progresando hasta el punto de haber inventado mucho antes que los europeos la pólvora, la brújula y la imprenta.

Antes de penetrar en los tiempos realmente históricos, debemos hacer una observación, y es: que por más que nos remontemos á los períodos más antiguos de la historia, siempre encontramos una sociedad establecida; al hombre viviendo en familia y en agrupaciones más ó menos numerosas; una religión y un culto más ó menos perfectos y una creencia general en una vida ulterior.

Las investigaciones lingüísticas ofrecen el mismo fenómeno: cuanto más se asciende en el exámen de las lenguas que pasan por primitivas, mayor perfección se advierte en ellas, como si la raza humana hubiera sido dotada desde el principio de los principales elementos del lenguaje y del instinto sobrenatural, digámoslo así, de desarrollarlos y llevarlos á su última perfección.

Otro hecho hay que observar en las primeras sociedades humanas, hecho que se reproduce en la actual; y es: que no toda la especie humana tiene el mismo grado de civilización; de modo que aunque se encuen-

tren, en Europa principalmente, y en otras partes del mundo, restos del hombre salvaje, pertenecientes á los primeros períodos de la época cuaternaria, esto no significa que contemporáneamente y en otros climas y latitudes no hubiera centros de civilización más adelantados, así como la situación de los negros de Dahomey ó la de los Maories de la Australia no puede servir de pauta para calcular el grado actual de civilización de las naciones europeas.

De la procedencia asiática de la raza humana son un indicio seguro los nombres y atributos de los primeros dioses suméricos de la Babilonia. Unos cinco mil años antes de Jesucristo, el rey de Sirgulla, Gudí'a, que dominaba en la Babilonia del Sur, fundó en el territorio que después fué de Nínive un templo llamado Ganna-Ki, dedicado á la diosa Ganna, es decir, á la diosa del Caos y de las grandes aguas que se veneraba en Sirgulla. Este templo era un puesto avanzado de la civilización sumérica en el territorio de una población bárbara. Posteriormente, es decir, cerca de quince siglos después, la civilización sumérica fué sustituida por la semítica, que recibió de aquella sus dos factores principales: la religión y la escritura. Entonces el culto de Ganna se convirtió en el culto de Istar de Nínive. El nombre de la diosa del Caos y del abismo indica la proximidad relativa de los habitantes de la Babilonia del Sur á las perturbaciones geológicas que habían conmovido el globo y causado el diluvio. Sin embargo, al período de los reyes de Sirgulla que dominaron aquel país cincuenta siglos antes de Jesucristo, pertenecen no solamente la escritura y la religión, sino también las fórmulas mágicas y de conjuros y la creencia en los espíritus. Entre los monumentos hallados en Tel-loh, á un cuarto de legua de uno de los canales que unían al Tigris con el Eufrates, el arqueólogo parisiense Leon Hauzy encuentra tres períodos de civilización: uno arcáico; otro de mayor adelanto, así en las figuras como en los caracteres, y otro intermedio entre estos dos. Los monumentos arcáicos son obra de los reyes de Sirgulla y los otros proceden de los *patisies*, es decir, de los reyes-sacerdotes, ó de los gobernadores sacerdotales que dependían de los soberanos de la Babilonia del Norte y del Centro, cuando unos 4000 años antes de Jesucristo dominaron aquel territorio. En efecto, hacia el año 4000 antes de J. C. aparecen los Semitas en la Babilonia del Norte y del Centro, y dominan en Tintir, que después se llamó Babel, en Agadí y en Ur. Ea, dios de las aguas y del Caos, se transforma como Ganna en Istar y en la estrella Venus, llamada después por los griegos Astarté. En el distrito de Ur, según la narración bíblica, vivía la tribu de Abraham, y el Génesis y

las narraciones últimamente encontradas en la biblioteca de Sardanápalo, en Nínive, nos dan cuenta de las batallas libradas en el valle que la Vulgata llama silvestre, donde perecieron los reyes de Sodoma y de Gomorra.

Los primitivos babilonios tenían ya colecciones gramaticales y vocabularios unos tres mil años antes de Jesucristo, obras que se conservaban en la biblioteca del rey de Asiria Asurbanipal (Sardanápalo), descubierta recientemente; y todo esto venía de tiempo mucho más antiguo, pues Sardanápalo mandó copiar textos antiquísimos y traducirlos de la lengua sumérica, en que estaban inscriptos, á la semita que se hablaba en la Asiria.

Hacia el año 2000 antes de Jesucristo desaparece el sumerismo en la Babilonia. No hace mucho tiempo se suponía que la Asiria era la nación dominante, cuya historia comenzaba en el año 2000 antes de nuestra era; pero actualmente se sabe que ya en el año 2000 hacia miles de años que se sucedían dinastías y dinastías en toda la Babilonia, del Norte, del Centro y del Sur. La civilización sumérica, que estaba floreciente 4000 años antes de Jesucristo, fué decayendo y cediendo el puesto á la semítica, hasta que hacia el año 2000 se fundieron las dos razas. Entonces los gobernantes asirios eran vi-reyes babilonios, pues la Asiria era una colonia que obedecía á la metrópoli, Babel, y solo hacia el año 1500 los patisies asirios comenzaron á hacerse reyes independientes.

La capital de Asiria fué primero A-ssuhar, abreviado después en Assur, de donde viene el nombre de Asirios. Sus primeros gobernantes fueron los reyes-sacerdotes, y uno de ellos edificó un templo al dios de Assur, llamado Anu.

Con esto hemos comenzado á entrar de lleno en los tiempos verdaderamente históricos. La historia ha seguido los progresos de todos los demás ramos del saber. Comenzó por narraciones de hechos particulares: siguió por las crónicas y las memorias, y fué adoptando cada vez métodos más perfectos. El que se sigue en la obra á que sirve de introducción este discurso nos ha parecido preferible al método cronológico. No es posible encerrar en un cuadro cronológico toda la variedad de los sucesos históricos, si se han de explicar sus antecedentes, sus consecuencias y las relaciones entre los diversos países; una época está íntimamente enlazada con la que le precedió y con la que le sigue, y no es posible fijarle límites determinados en el tiempo. Por eso es preferible dar la Historia general por descripciones parciales de cada época, tomando los hechos culminantes y agrupando alrededor los sucesos que á cada una corresponden. Esto es

lo que se hace en las obras que forman el conjunto de la Historia que ofrecemos al público español.

Comparando después unas y otras épocas, se descubren mejor las leyes que rigen los sucesos históricos. En el curso de los siglos se advierte el progreso constante de la humanidad; y la elevación y la caída de los imperios revelan otras dos leyes impuestas por la Providencia divina: la ley de la evolución y la ley de la herencia. La evolución es el paso de lo simple á lo compuesto, de lo homogéneo á lo heterogéneo, de la unidad á la variedad, y, según los casos, de la variedad á la unidad, de lo menos perfecto á lo más perfecto; por la evolución los imperios nacen y se elevan; llegan á su máximo esplendor, comienzan á decaer, degeneran por último, y desaparecen para dar lugar á colectividades nuevas y más progresivas, ó que aun siendo más toscas, llevan en sí un germen de mayor progreso. Este procedimiento uniforme supone una ley fundamental que lo origine y esta ley fundamental implica una causa universal, y como decía Aristóteles: una causa de las causas.

Pero la evolución no es nada sin la herencia; eliminado el factor de la herencia, cualquiera mudanza ó transformación limitada á un individuo y muriendo con él, sería infructuosa; mientras que la herencia sola sin la evolución, sería la conservación indefinida y monótona de los mismos tipos, caracteres é instintos, y del mismo desarrollo intelectual, religioso y moral.

Estos dos factores, dice un distinguido escritor portugués (1), son los que impulsan el progreso en su acepción más lata. La evolución produce modificaciones fisiológicas y psíquicas; el hábito las fija en el individuo, y la herencia las imprime en la raza. Estas modificaciones se hacen orgánicas é imprimen otras nuevas á las generaciones siguientes. Las leyes naturales son inmutables é inexorables, y la humanidad está sujeta á reglas tan fijas y precisas como las que rigen al mundo material; pero como los hechos sociales son innumerables y es extrema su variabilidad, la ciencia sociológica no ha podido todavía formular esas leyes con la precisión matemática con que se señalan las de la naturaleza orgánica. Se van encontrando poco á poco, y hasta ahora lo que se sabe de cierto es que existen; que nada sucede por casualidad, y que toda causa moral é intelectual tiene sus diferentes efectos, los cuales á su vez vienen á ser causa de otros y otros fenómenos diversos.

Hemos hablado del imperio babilónico anterior al asirio. Este imperio fué sustituido por el de Asiria cuando la Babilonia entró en su decadencia, se cor-

(1) El Vizconde de Ouguella, en su libro *As Expiasões*. Con algunas de sus ideas coincidimos en este discurso.



rompieron sus costumbres, se relajaron los lazos de la disciplina y la misma guardia del rey llegó á contribuir á su destronamiento.

El reino asirio fué creciendo paso á paso hasta llegar á lo que podía llamarse el imperio universal asirio dirigido por Teglatfalsar I.

Los sucesores de este monarca perdieron una parte de los territorios que había conquistado; pero uno de ellos, Assurnazirpal, los recobró y consolidó, elevando la Asiria á un alto grado de poderío. Desde entonces comenzó, sin embargo, la decadencia; las divisiones intestinas llegan hasta el punto de que Senaquerib, hijo de Teglatfalsar III, al volver de una expedición á la Palestina, donde el ángel exterminador, ó sea la peste, le obligó á levantar el sitio de Jerusalem, es asesinado por sus dos hijos. Poco despues, en tiempo de Assurbanipal, ó sea Sardanápalo, se le sublevaron los gobernadores de la Media y de la Babilonia, sitian á Nínive, la incendian y destruyen, y el palacio de Sardanápalo queda sepultado entre las ruinas con todos sus tesoros científicos y literarios, que se conservan ocultos por espacio de veintiocho siglos.

La Babilonia recobra su antiguo poderío; la Asiria vuelve á ser una provincia babilónica; la Media es también conquistada, y á su vez es invadida la Palestina. El pueblo hebreo, tributario un tiempo de los asirios, y que con la ayuda del Egipto ha querido aprovechar la caída de Nínive para recobrar su independencia, sufre á su vez los efectos de su desmoralización, es llevado á Babilonia y pierde hasta su nacionalidad.

Pero llega su turno á Babilonia: las mismas causas de desmoralización y divisiones intestinas producen iguales efectos. El imperio babilónico perece con su último rey Nabonedo, ó Baltasar, y sobre sus ruinas se asienta el nuevo imperio universal de los persas. Ciro permite á los judíos volver á la Palestina y reedificar el templo de Jerusalem. El imperio persa se extiende por toda el Asia, conquista el Egipto y la Fenicia, é invade la Grecia, destruyendo sus ciudades principales. Los reyes se creen dioses y extreman su despotismo; el pueblo se entrega á la molición y á los placeres de los sentidos; la desmoralización no encuentra freno, ni en los monarcas ni en los súbditos, y el país se presenta fácil presa á todo conquistador extranjero.

No tarda éste en presentarse en la persona de Alejandro Magno, cuyo padre, Filipo de Macedonia, había sido ya el instrumento del castigo merecido por las repúblicas griegas, divididas y desmoralizadas. Alejandro, dueño de la Grecia, y disponiendo de un ejército entusiasta y disciplinado, tomó el desquite

de las antiguas empresas persas en Grecia; y en pocas batallas se hizo dueño de todo el imperio persa, fundando el imperio griego y penetrando hasta la India.

Era el de Alejandro un imperio más universal que ninguno de los anteriores que habían aspirado á este título; pero duró poco, porque su jóven fundador murió al cabo de breve tiempo en Babilonia, víctima de las fatigas y de los excesos. El imperio de Alejandro se dividió y sus generales más famosos se repartieron sus despojos, proclamándose reyes, unos de la Siria, otros del Egipto, otros de la Macedonia, etc. Sin embargo, la influencia de la civilización griega continuó dominando en todas las conquistas del héroe fundador de Alejandría.

El Egipto, en tiempo de los Faraones, fué invadido por una raza árabe que se llamó de los Hyksos ó reyes-pastores, los cuales dominaron la parte baja del país, mientras la dinastía faraónica se retiraba al alto Egipto y fundaba á Tebas. Expulsados al fin los Hyksos del país, comenzó la degeneración que preparó la conquista persa de Cambises, y despues Alejandro no tuvo que hacer sino extender la mano para apoderarse del Egipto. A su muerte, su general, Tolomeo Lago, se proclamó rey y fundó una dinastía que duró hasta la conquista romana.

La civilización griega, muy superior á la persa, á la asiria y á la babilónica, se implantó brevemente en todos estos países, á pesar de la variedad de sus costumbres y religiones; y aun el pueblo judío, que tenía una religión más pura, adoptó en muchos casos las costumbres griegas. Pero el conquistador macedonio había procurado establecer la unidad; y el espíritu griego tendía, por el contrario, á la variedad. Estas dos fuerzas, la de unidad y la de variedad, la centrípeta y la centrífuga, se disputan la influencia del mundo desde el principio de la historia. Ellas forman el contraste entre la libertad individual y el órden social. El hombre quiere ser libre y, sin embargo, no puede vivir en la soledad; tiene que reunirse en sociedades y sacrificar al órden social una parte de su libertad. Los poderes sociales tienden á la unidad y á dilatar sus dominios; la idea del imperio universal, que nace del concepto de la unidad de la especie humana, es la que han tenido todos los grandes monarcas; por el contrario, la idea de la variedad, que nace del concepto de la libertad, es la que ha servido en todos tiempos de palanca á los agitadores de los pueblos. La conciliación de estas dos ideas y de estas dos fuerzas, es lo que se busca sin haberse encontrado todavía en la época moderna.

Los sucesores de Alejandro se convirtieron pronto

en reyes orientales, con todos sus vicios y defectos; pero el genio griego se comunicó á Italia.

Roma empezó por conquistar su libertad expulsando á los reyes, y conseguido este objeto tendió la vista por la Italia y con política artera logró agregarse los territorios italianos. Entonces los romanos, fortificados y disciplinados en las guerras, con grandes virtudes militares y con una táctica superior, aspiraron á la dominación universal, empezando por la destrucción de Cartago, penetrando luego en Asia y en Egipto; despues en el resto de Africa y en España, en las Galias, en la Germania, en la Bretaña, consiguiendo al fin dominar todo el mundo conocido, á excepcion de la China y de la India, con la cual no tuvieron sino escasas relaciones comerciales.

La civilización romana sustituyó, pues, á la griega, como ésta había sustituido á las anteriores, persa, egipcia, asiria y babilónica, y aquí se observa nuevamente el resultado de las dos leyes de que antes hemos hecho mención: la evolución y la herencia. El movimiento evolutivo sustituye á una civilización degenerada otra más perfecta; pero conserva de la antigua todo lo utilizable, todos los tesoros de verdades ó de creencias que han sido el patrimonio de los antepasados.

El imperio romano llega á su mayor esplendor en la época de Augusto. La Roma republicana trabaja por obtener el imperio universal, y cuando llega á conseguirlo á fuerza de guerras é injusticias, se encuentra con que ha trabajado por un emperador. Augusto ha conseguido con mayor extensión que nadie la soberanía universal. Pero ya Roma, desgarrada por las guerras civiles del tiempo de la república, desmoralizada por las riquezas inmensas que había atesorado como fruto de sus conquistas y de sus rapiñas y exacciones, corrompida hasta el extremo por todo género de supersticiones, pues que había admitido en su panteón los dioses de todos los países conquistados, lo cual equivalía á no tener ninguno; sumergida, en fin, en el más grosero materialismo, tuvo que empezar por rodearse de tropas mercenarias para cubrir sus dilatadas fronteras; despues se vió obligada á consentir la entrada de los bárbaros en su territorio; luego, un emperador deseoso de obtener mayores rendimientos para sus arcas, declaró ciudadanos romanos á todos los habitantes del imperio; por último, los bárbaros entraron hasta en el Senado, y así descompuesta la primitiva unidad, dividido el imperio en Oriente y Occidente, cayó el occidental ante las diversas invasiones germánicas, y de sus despojos se formaron distintos reinos. Los ostrogodos se hicieron dueños de Italia; los visigodos ocuparon la España; los vándalos,

despues de devastar la Andalucía, formaron un reino en Africa; los francos se apoderaron de las Galias; y los alemanes y otras tribus germánicas se repartieron el resto de la Europa. Así, á la unidad sucede otra vez la variedad, y el imperio romano de Occidente expía de este modo sus faltas y sus crímenes.

Queda aún en pié el imperio oriental, pero también comienza en él la decadencia, que se prolonga por espacio de ocho siglos. El elemento que ha de destruirlo se forma entre las tribus árabes idólatras. En efecto, mientras en el Occidente el cristianismo realiza la unidad en religión echando los fundamentos de otra unidad política futura, porque la unidad de Dios enseña la unidad del género humano y la universalidad de la moral, en Oriente Mahoma proclama también la unidad de Dios; y el islamismo que comienza por una tribu, llega medio siglo despues, hácia el año 700 de nuestra era, á someter por la fuerza todo el territorio entre el Tigris y el Eúfrates, la Siria, la Palestina hasta el Mediterráneo y las fronteras del Asia menor hasta el Tauro. Poco despues se extiende por las costas de Africa y no tarda en apoderarse de España y de la India y en amenazar al imperio de Constantinopla.

Entonces dos religiones están frente á frente: la oriental en el imperio de los califas; y la occidental personificada en los Papas. Ambas religiones proclaman la unidad de Dios; pero la islamita consagra la poligamia, el estancamiento, la conquista material, mientras que el cristianismo proclama la monogamia, el progreso y la conquista moral. Una de ellas tiene que sucumbir, y, como siempre, sucumbe la que representa la inmoralidad y el sensualismo; pero la victoria final de la cruz sobre la media luna no se consigue sin grandes luchas y grandes alternativas de triunfos y de derrotas. Ante la fuerza material de los árabes, los emperadores bizantinos piden auxilio al Occidente, y á su vez los Papas necesitan el de los reyes más poderosos de Europa. Estos á la sazón son los francos: Carlomagno aspira al imperio universal, y le consigue en parte, formando una vasta monarquía con los restos de veinte reinos bárbaros y realizando la unidad en el Occidente. Esta unidad es mantenida despues por el imperio austriaco, que aspira á su vez á ser universal; pero entre tanto otro imperio con la misma aspiración se levanta en Oriente, donde los turcos dominadores conquistan á Constantinopla y ponen término al imperio bizantino, que acaba despues de una agonía de ocho siglos.

Poco tiempo despues, la España cristiana acaba de expulsar de su suelo á los musulmanes, cuya soberanía había seguido las fases de progreso, crecimiento, esplendor, divisiones, decadencia y ruina.